

NEGOCIAR CON LAS OTRAS FUERZAS DEMOCRATICAS

Después del referéndum España ha entrado en un compás de negociación política cuyos frutos, con seguridad plena, serán de indiscutible trascendencia para el futuro de la convivencia nacional. Por sólo tal razón, este período de gran pacto político debe administrarse con prudencia suma, exquisito tacto y una indiscutible altura de miras. Debe administrarse, claro está, por quien tiene títulos y legitimidad ratificada para arbitrar y dirimir entre todas las fuerzas que aspiran a una participación genuinamente democrática en la vida española.

Obviamente aludimos al Gobierno. Los componentes de la llamada Oposición Democrática tienen, a través de los espacios de la Prensa nacional, presencia y protagonismo en absoluto proporcionados al reflejo que su opción —abstencionista— tuvo en la consulta del 15 de diciembre. Las cosas son así y no de otra manera. Ese frente político dispone de un consenso popular que apenas rebasa el 5 por 100 del censo electoral. Todo lo que va desde esa cifra hasta el total de abstención registrada, corresponde únicamente a la inhibición inevitable, vegetativa, espontánea, que en cualquier consulta de esta naturaleza se produce.

Hace escasas semanas precisaba en Madrid un ilustre profesor de ciencia política, Raymond Aron que, en el mundo industrializado, los porcentajes de abstención

únicamente comenzaban a tener significado político a partir de cifras del 25 por 100. Hacemos nosotros, pues, una generosa imputación de resultados favorables para los que fueron campeones del abstencionismo.

Pero, aun así, ¿qué representa ese 5 por 100 —concedido, no reconocido— en el conjunto del espectro político nacional, en la diversificada geografía de fuerzas políticas? Representa poco; y, al lado de las corrientes que propugnaron la participación en el referéndum, no representan absolutamente nada.

Sin embargo, aparecen instalados como interlocutor único del Gobierno, recabando además, en cuanto oposición, atributos de legitimidad y calificativos exclusivos de democracia. Constituyéndose poco menos que como interlocutores únicos del Gobierno.

¿Quién tiene, por acción o por omisión, responsabilidad en este anormal y confusionista estado de cosas? ¿Acaso el Gobierno? ¿Quizá las otras oposiciones democráticas? Lo que sin duda está perfectamente claro es que la amplísima mayoría nacional que dio su conformidad a la ley para la Reforma Política, en términos rigurosos y estrictos, no aparece representada en el presente compás y en el actual escenario de la negociación. En el laboreo de los pactos que se encuentra en curso.

En su mensaje de vísperas del referéndum, el presidente Suárez insistió en la naturaleza gestora de su Gobierno. Por aquellas horas, todavía, parte sustancial de las fuerzas incardinadas en Coordinación Democrática no cejaba en sus llamamientos a la abstención. Por entonces, las fuerzas de la derecha democrática, del centro y de la izquierda moderada habían culminado una campaña de patriotismo y prudencia política en apoyo del «sí».

¿Dónde están todas estas fuerzas? ¿Es que no se las llama? ¿Es que no quieren acudir? Deben coparticipar también con el Gobierno en la instrumentación a corto plazo de esa democracia, sin crispaciones ni revanchas, para la que se hizo y refrendó la reforma política. En el reloj que mide el pulso de la realidad nacional, es la hora de negociar con quienes abogaron por el compromiso nacional con la democracia.